

1.° de Agosto de 1905. Año II. N.° 39.

El día 21 del pasado julio se perpetró en Constantinopla un atentado contra el Sultán de Turquía, arrojándole una bomba al salir de la mezquita. El soberano resultó ileso, pero el mortífero aparato produjo 24 muertos y muchísimos heridos. Este sangriento suceso pone en la superficie la sombría figura de Abd-ul-Hamid II, de quien damos á continuación interesantes detalles.

El Sultán de Turquía

El miedo de Abd-ul-Hamid II.—La residencia imperial.—La comida del Sultán—Precauciones contra el envenenamiento.—El bufón.—El teatro imperial.—La Policía secreta.—El tormento en Yildiz.—La ruina de Turquía.



Ni aun retrotrayéndonos algunos siglos en la historia, encontraríamos una leyenda más negra que la del «Sultán rojo», sucesor de su infeliz hermano Mourad V, por obra y gracia de sus maquinaciones. Las horribles matanzas de armenios arrancaron en todo el orbe civilizado un grito de indignación, y al ilustre Gladstone el calificativo de «Asesino coronado» con que anatematizó al siniestro soberano. Ni D. Pedro el Cruel, ni Ivan el Terrible admiten la comparación con este tenebroso lypémano, encastillado en su palacio, presa de la obsesión persecutoria, fantasma fatídico que ensombrece sus dominios y le hace arrastrar una desdichadísima existencia.

Abd-ul-Hamid II, no considerándose seguro en el palacio de su padre, á orillas del Bósforo, trasladó su residencia á la meseta de Bechilktach, donde su abuelo había construído un pabelloncito que bautizó con el poético nombre de Yildiz (Estrella). La mudanza fué tan precipitada, que la servidumbre del Sultán, y hasta su médico, tuvieron que habitar algún tiempo en tiendas de campaña. Fué aquel el primer espolazo del miedo, ante las contingencias que pudieran ocasionar el avance de los rusos, que habían pasado el Danubio, y la manifiesta impopularidad del soberano.

El Sultán no construyó en Yildiz una residencia suntuosa; mandó establecer kioskos, pabellones y «chalets» para alojar á la servidumbre y á las mujeres del harem. Su gran preocupación fué resguardarse de cualquier evento, incomunicándose con el resto del mundo por una fuerte muralla guardada por miles de soldados.

Y allí dentro vive Abd-ul-Hamid, tétrico, desconfiado, decretando muertes y destierros como consecuencia de las confidencias de su Policía secreta, ó de las denuncias anónimas que á diario recibe en su correo.

El Sultán no se deja nunca ver en público. No sale de Yildiz, donde pasa el tiempo proyectando nuevas construcciones y demoliendo las recién levantadas. Amo y señor de todo, entra á saco en las arcas del Tesoro público, y para reponerlas se apela á onerosos tributos. El teléfono y la luz eléctrica han franqueado las murallas de Yildiz, pero está prohibido en Constantinopla el uso de estos dos utilísimos elementos modernos.

Abd-ul-Hamid es sobrio por conveniencia. En su primera juventud se dedicaba al «champagne» y á los licores fuertes. De naturaleza viciosa, entregábase, con mucha frecuencia, á verdaderas orgías, hasta que su médico le declaró, lisa y llanamente, que su existencia sería corta si no dominaba sus pasiones.

El príncipe se asustó tanto, que cambió radicalmente de conducta, hasta el extremo de convertirse en un modelo de austeridad.

Pero cuando escaló el trono, el poder absoluto y el medio ambiente del harem fueron soliviantando sus acallados apetitos, y sin romper del todo con su habitual sobriedad, recurre alguna que otra vez á estimulantes alcohólicos.

Come solo, generalmente, y está muy poco tiempo en la mesa. Toma pequeñas porciones de los platos que le sirven y el resto lo envía á los cortesanos de su prédilección, que reciben el presente imperial como un alto honor.

Los días que se le exacerba el miedo hace probar la co-

mida á los altos dignatarios de servicio, y da también parte de ella á los perros y gatos que le rodean.

Su plato favorito son las patas de carnero con salsa picante; pero prefiere á la carne los huevos y la leche, tal vez porque estos dos alimentos son menos susceptibles de ser envenenados. Todo lo que consume procede de su granja modelo, donde tiene las vacas más hermosas del mundo Se las alimenta con manzanas y peras mezcladas con excelente forraje. Las aves también se ceban exprofeso en la granja del Sultán

Después de comer comparece el bufón, para distraer al soberano y facilitarle la digestión.

Por la noche Abd ul-Hamid asiste, con frecuencia, á las representaciones que dan en el teatro imperial las dos compañías que el Sultán sostiene para su recreo y el de las damas del harem Estas ven la función detrás de las doradas celosías de sus palcos, de los que se desprenden enervadores perfumes.

Los artistas de nota que actúan en la capital de Turquía, no suelen salir de Constantinopla sin exhibirse en el escenario de Yildiz. Por cada una de estas *soirées* paga el sultán de 4 á 5.000 francos; pero la suma nunca llega íntegra á manos del artista. La capacidad artística del sucesor de Mourad V corre parejas con su entidad moral: á un clown que trabajaba con un cerdo amaestrado le adjudicó un lugar preeminente entre la «troupe» imperial, dándole 1.000 francos mensuales, casa, comida, uniformes... y la condecoración del Medjidié.

Aunque de bien distinto orden, podemos citar otra anécdota relativa al teatro imperial de Abd ul Hamid Kan II.

Una distinguida dama extranjera que tenía grandes deseos de asistir á una representación, convino con el director de una compañía lírica francesa, que había de actuar ante el Sultán, en que reemplazaría á una corista, y en clase de artista lírica improvisada podría satisfacer aquel capricho.

La cosa iba bien; nuestra gran dama, confundida en el coro contemplaba á placer aquel público extraño: dignatarios de palacio, políticos y militares de corvos sables y recamados uniformes, que ni siquiera osaban volver la vista hacia las celosías de los palcos, detrás de las cuales adivinábanse rostros de hadas. Pero en medio del segundo acto ocurrió un incidente imprevisto: un ayudante se acercó al Sultán entregándole una carta, que debió producir muy mala impresión al soberano porque palideció visiblemente Cinco minutos después, el ayudante de S. M. precipitábase en el escenario acompañado de dos chambelanes y el director de los recreos imperiales. La carta en cuestión denunciaba á la dama intrusa, que no volvió á salir á escena y fué objeto de una severa vigilancia. Al día siguiente corría por Constantinopla la noticia de un frustrado atentado á la vida del Sultán. El fantástico *complot* de referencia dió lugar á que se demoliera el *kiosko* destinado á los extranjeros que deseaban asistir á la ceremonia del Sélamlik.

Por si esto no demostrara cumplidamente que lo que informa la voluntad del «Sultán rojo» es el pánico, diremos que estuvieron suspendidas las obras de conducción de aguas á la meseta de Sildiz, porque se pensó que por la tubería de hierro pudiera deslizarse una máquina infernal que matase al soberano. La mayor parte del día la pasa Abd-ul-Hamid desenredando intrigas del harem y de sus palaciegos; recibiendo las confidencias de su Policía secreta, que personalmente nombra y dirige; decretando el encierro, la muerte ó la deportación del valido de la víspera; agasajando con títulos mercedes y caudales á los miserables espías que le proporcionan una buena presa, que suele ser sometida á inquisitoriales tormentos, que más de una vez aplica algún gran dignatario de la corte, para mayor gloria de su gracioso soberano.

De vez en cuando el «Sultán rojo» visita á una de sus favoritas en su palacio, donde las esclavas, ó sea las mujeres de la última categoría del harem, le sirven café, cigarillos perfumados, le rodean de mil delicadas atenciones. Si el soberano manifiesta de cualquier modo que le agrada alguna de las encantadoras camareras, el Sultán hace que se aproxime la afortunada y que bese la franja ó el brazo del sillón donde se sienta el *Jefe de los Creyentes*.

Abd ul-Hamid se recoge temprano y cuando se retira á su dormitorio cierra por sí mismo las dobles puertas, y escudriña por todos los rincones, acariciando la culata de su revólver, que constantemente lleva en el bolsillo derecho del pantalón.

Dominado por el terror que le producen tantos y tantos odios concitados contra él, Abd-ul-Hamid no duerme ni descansa tranquilo, viviendo bajo la obsesión del fantasma vengador de todas sus víctimas. Pero sus ambiciones pueden más que todo, y, sombrío, infeliz, encerrado en la ciudadela de Yildiz, continúa actuando de amo, arruinando á Turquía con los gastos dispendiosos, que se elevan á 200 millones de francos anuales, y que los turcos han de satisfacer para el fausto de la corte de quien, por haber perdido las tres cuartas partes de su territorio y derrotado por los rusos, ostenta el sobrenombre de «Victorioso». A consecuencia del atentado, ha sido preso el hermano del Sultán, heredero del trono, y destituído y desterrado el jefe de la Policía, suponiéndose que esto será el preludio de las represalias que el suceso exacerbará en el ánimo del Sultán, al que nuestro dibujo de primera plana representa acechando cauteloso al invisible enemigo y dejando tras de sí huellas de sangre.

Artimañas de ladrones

Un robo «á la americana».—Artistas que exageran la nota.

El robo á la americana consiste en captar la confianza de un señor que los estafadores profesionales han juzgado bastante «poire», esta es la expresión consagrada, para dejarse fácilmente desvalijar por ellos; su objeto es apoderarse de lo que tienen, después de haberle dejado en prenda (!) una cartera conteniendo billetes de banco de la Sainte Farcé ó una maleta que no encierra más que periódicos ó tela sucia. Un caso entre mil. Hace algún tiempo M. H. B., ingeniero parisién muy conocido, había ido á dirigir importantes trabajos á Alemania.

Terminada su misión, volvió á Francia muy satisfecho del resultado, trayendo en una maletita, á la que no perdía de vista, alrededor de una treintena de miles de francos. En Bar le Duc nuestro ingeniero subió al vagón restaurant, para comer. Todos los sitios estaban tomados. Uno solo quedaba en una mesa ocupada por dos caballeros muy correctamente vestidos y de aspecto distinguido. M. H. B. pidió permiso para colocarse frente á uno de ellos. Los dos señores hicieron signo de consentimiento. No parecían conocerse. Se tomó la sopa en silencio. A los entremeses la conversación empezó á animarse.

Uno de los señores dijo ser agregado á una embajada americana. El otro se da de rico propietario de Normandía.

Los dos en el curso de la conversación encuentran medio de hacer pasar por la vista del ingeniero cartas ó documentos no dejando ninguna duda, no solamente sobre su honorabilidad perfecta, sino sobre sus bellas relaciones.

Y resulta que los tres gastrónomos conocen personalmente á un ministro, lo que acaba de poner entre ellos un lazo de unión, de cordialidad encantadora.

A los postres se hacen llevar «champagne». El ingeniero, satisfecho de viajar con personas tan amables, les hace confidencias, contándoles que ha hecho en Alemania excelentes negocios, que lleva 30.000 francos en su maleta... y hasta enseña á sus interlocutores el retrato de una muchacha bonita.

—¿Vuestra amiga?—pregunta el agregado á la embajada.

—No, mi mujer.

Ese detalle, como veréis, tiene su importancia.

En resumen, el viaje termina de la manera más exquisita.

Un poco antes de llegar á la estación del Norte los tres viajeros cambian sus tarjetas.

—¡Toma!—dice el agregado á la embajada al ingeniero.—Somos vecinos, yo vivo en el boulevard de Courcelles y usted en la avenida de Villiers.

—En efecto.

—Un coche me espera en la estación; ¿me permite usted conducirle hasta su casa?

—¡Oh! caballero, usted es demasiado amable... pero yo tengo un baul.

—¿No es demasiado grande?

—No.

—Pues entonces, el cochero lo colocará. Pero le aseguro á usted que me disgustaría rehusando mi ofrecimiento.

Por no ofender al amigo de su ministro, M. H. B. acepta.

Al descender del tren el ingeniero apercibe á un lacayo muy bien trajeado, que se aproxima al agregado á la embajada.

—¡Ah! He ahí á Juan. Toma el talón del equipaje de este señor. Toma un coche de punto para llevarlo á su casa. Y el

atento americano lleva hasta su coche (muy elegante y espacioso) á nuestro ingeniero, que no ha soltado su maletita. El propietario normando se ha despedido de sus dos compañeros de viaje. M. H. B. y el agregado suben al coche, esperando que el lacayo llegue con el equipaje. Pero el lacayo se hace esperar. El agregado empieza á impacientarse.

—Ese animal de Juan—añade—podía estar ya aquí, voy á ver.

—De ningún modo—exclama el ingeniero, que antes que su compañero pudiera detenerle, se lanza en el interior de la estación, dejando la preciosa maleta en el coche.

Pero es en vano que M. H. B. busque á Juan en la sala donde se entregan los equipajes. Juan ha desaparecido, Juan se ha evaporado. El ingeniero, que empieza á intranquilizarse, quiere volver al coche, pero el coche se ha evaporado también. Y M. H. B. se da cuenta de haber sido demasiado cándido con tan hábiles ladrones...

No es eso todo, M. H. B., que entró en su casa de una manera lastimosa, recibe al despertar el billetito siguiente:

«Querido señor: No queremos marearle. Es usted tan agradable! Y para probarle nuestro reconocimiento, hemos de advertirle que habiendo encontrado en su maleta cierto número de cartas, nos apresuraremos á enviárselas á su legítima esposa, en caso que usted decida informar á la Policía de su infortunio. Sus agradecidos compañeros de viaje, *X. y Z.*»

Esta carta de tan amable ironía no exasperó al que debía recibirla. Al contrario, tuvo el don de anegarle en una dulce alegría. Y en seguida el ingeniero subió á un simón y se fué á dar á la Policía señas completas de los que le habían desvalijado, que no tardaron en ser detenidos. M. H. B. no había sido nunca casado y las cartas conlas cuales querían atemorizarle habían sido escritas precisamente por su bonita novia, á la que los estafadores amenazaban enviarlás.

Esta vez esos señores se habían pasado de listos.



Servicios del Cuerpo de Carabineros. — Una columna volante persiguiendo el cultivo clandestino de tabaco.

Captura importante.

En virtud de telegrama recibido por el comandante del puesto de Bornos (Cádiz), del de igual clase de Lebrija (Sevilla), interesándole la detención de Francisco Barrios por robo de dos caballerías en aquel término, procedió en seguida á practicar activas diligencias auxiliado por la fuerza del puesto, á los fines interesados, dando por resultado que en el curso de las mismas pudo enterarse que dicho sujeto había estado el día anterior en dicha villa, acompañado de otro, en una casa de mala fama, donde conferenciaron, volviendo á salir el Barrios fuera de la población y que el otro sujeto se suponía le aguardaba con algún fin, por cuya circunstancia el cabo comandante del puesto de Bornos, ya referido, Manuel Beltrami Córdoba, creyó conveniente seguir la pista á dicho sujeto, auxiliado por los guardias primero y segundo, Antonio Sánchez Toro y José Saldaña Ordóñez, por creer desde luego que se trataba de un cómplice en dicho robo, dando por resultado, que á las dos de la madrugada del día 17, fué sorprendido durmiendo en una habitación accesoria con puerta de escape por la posada de la Trapera, las que tomadas con la debida precaución, se evitó su fuga. Interrogado, dijo llamarse Francisco Torrejón López (a) *Saltavallados*, natural de Paterna de Rivera (Cádiz), de treinta y cuatro años, y que residía en el término de Lebrija; sometido á preguntas intencionadas relacionadas con el aludido robo, incurrió en contradicciones de índole tal, que concluyó por declararse autor de dicho robo en unión del Barrios y otros dos sujetos más de aquella vecindad. Telegrafiada que fué su captura al comandante del puesto de Lebrija, contestó en seguida participando que el Torrejón era *un pájaro de cuenta*, que está reclamado por aquel juzgado por diversos robos, y además, por el de instrucción de Medina Sidonia (Cádiz) por hurto de vacas y al que venía persiguiendo la fuerza de aquel puesto, sin haberlo podido capturar, no obstante la persecución de que era objeto, por tratarse de un individuo de especiales condiciones, dadas su astucia, sagacidad y ligereza, que tenía alarmada á aquella población rural, la que al saber su detención ha entrado en tranquilidad, mereciendo plácemes.

Además del Torrejón y debido á sus declaraciones, existen cómplices que ya parece han sido detenidos por la fuerza del puesto de Lebrija, que tampoco ha descansado en la práctica de este servicio; de cuyos antecedentes se deduce que todos estos sujetos estaban capitaneados por el Francisco Torrejón (a) *Saltavallados*, á los que hay que agregar otros dos más,

Establecimientos penitenciarios extranjeros

"La Santé,,

La prisión de la Santé, en París, es una cárcel moderna.

Fué construída de 1864 á 1867 para reemplazar la antigua casa de los *Madelonnettes*, expropiada, por decreto de 23 de agosto de 1858.

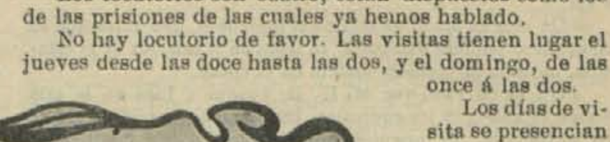
Con sus grandes muros, la Santé tiene aspecto de una inexpugnable fortaleza severa y triste.

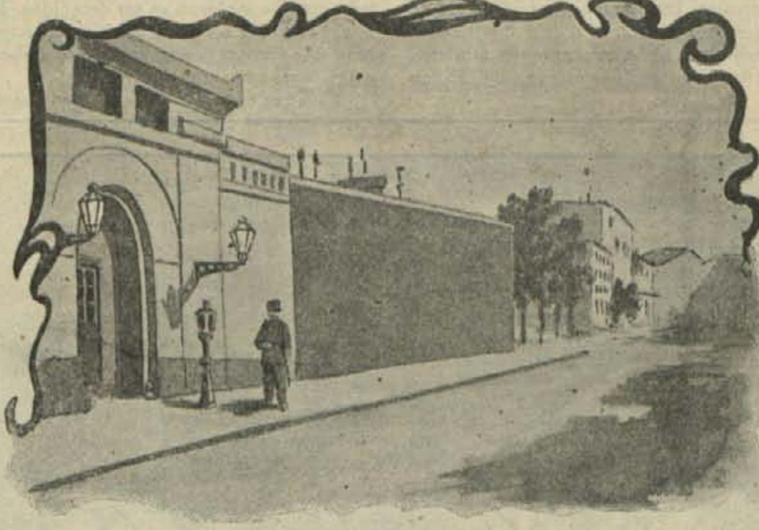
La entrada de esta prisión es muy parecida á la de Mazas.

El patio principal por donde se entra tiene la misma disposición que el de aquélla.

Se suben algunos peldaños de la escalera principal y se encuentra un gran vestíbulo en medio del cual, como un pozo, aparece el comienzo de una escalera de caracol.

En la Santé todo está limpio y dado lustre con cera.





Entrada á la prisión.

A la derecha del vestíbulo se encuentra el gabinete del director; es una gran sala amueblada con gusto.

A la izquierda se abren los despachos de los escribientes. Como los de Mazas, los edificios de la Santé afectan la disposición de un abanico.

En medio de la rotonda de los pasillos se eleva la guardia que domina la capilla, en la que hay un pequeño altar blanco y limpio que se puede ver desde todas las celdas cuando las puertas están entreabiertas, como en nuestra cárcel modelo.

Las celdas ó las «jaulas de moscas», como las llaman los detenidos, tienen 3,25 metros de largo por 1,90 de ancho.

Están ligeramente abovedadas, lo que les da aspecto de celdas monásticas. Todas están entarimadas. En cuanto á su mobiliario, no tiene nada de complicado.

Se compone de una cama de hierro, plegable, una especie de tarima de cuartel una mesa con bisagras y un taburete de madera sujeto al muro por una cadena. Un mechero de gas se encuentra cerca de la puerta. Un asiento retrete completa el mobiliario.

Hay veinte celdas dobles, formadas por la reunión de dos celdas ordinarias, en las cuales se encierran juntos tres ó cuatro detenidos cuando el número de presos es muy grande.

Las celdas se dividen en tres pisos.



Preso construyendo cajitas de cartón para chocolate.

Los locutorios.

Los locutorios son cuatro, están dispuestos como los de las prisiones de las cuales ya hemos hablado.

No hay locutorio de favor. Las visitas tienen lugar el jueves desde las doce hasta las dos, y el domingo, de las once á las dos.

Los días de visita se presencian escenas extrañas.

Es un desfile no interrumpido de gentes equívocas, desaliñados, chulos con gorra y mujerzuelas que van á ver al hermano, al marido y aun al amante.

Todo el mundo se interpela con un lenguaje de lo más pintoresco.

Y á pesar de la activa vigilancia de los carceleros, es un ruído sordo, confuso, que domina á veces el estrépito de una voz gangosa y desentonada.

Los dos locutorios primeros están divididos en nueve departamentos, los otros dos no tienen más que ocho.

Cerca de estos locutorios se encuentran calabozos largos y estrechos con una forma algo parecida á la de un ataud. Entre las alas de las diversas divisiones se ven cuatro paseos para los ratos libres.

El trabajo.

Industrias entre las cuales se reparte el trabajo de los detenidos en celdas: fabricación del papel orlado, gaitas, cadenas de metal, globos y linternas venecianas, sacos de tela, letras de adorno para coronas mortuorias, etc., etc.

Uno ó dos talleres trabajan en sus celdas para la Administración y hacen vestidos y composturas.

Los detenidos están ocupados hasta las nueve de la noche y algunas veces hasta las nueve y media. La ganancia media de un prisionero varía de una peseta á seis reales diarios.

Se oye continuamente, al través de las puertas, el ruído de las limas royendo el cobre ó el hierro, ó la arrolladura de papeles.

Se creería encontrarse en un lugar misterioso donde los obreros viven invisibles.

La custodia de la casa está formada por cuatro centinelas de la Guardia republicana (Cuerpo especial procedente

de la Gendarmería), que vigilan de día y de noche en el interior del edificio.

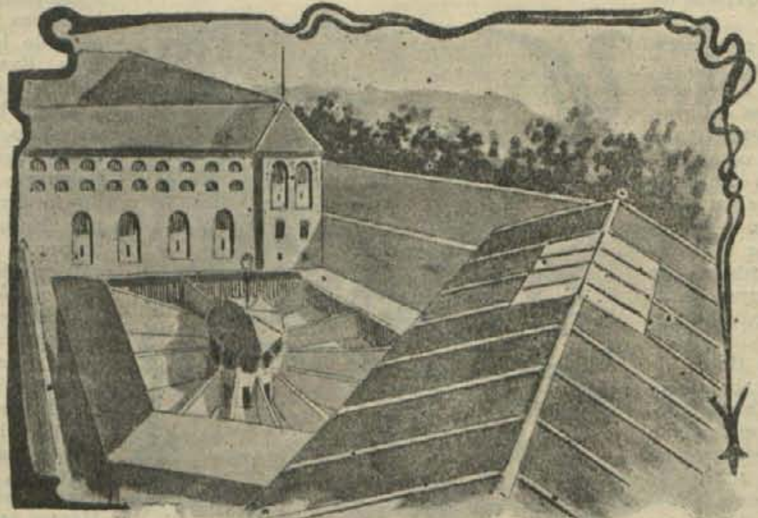
La prisión tiene también un depósito de cadáveres; es una pieza estrecha con las paredes blanqueadas.

Un médico hace una visita diaria. Los detenidos que son reconocidos como enfermos están cuidados en sus celdas.

Sin embargo, en caso de enfermedad grave se les lleva á la enfermería general, á la Petite Roquette. La prisión de la Santé ha sido distribuida en dos partes distintas por la aplicación del régimen celular y del régimen urbano, que admite el trabajo común en el día, con aislamiento celular por la noche. Pero se ha reconocido los inconvenientes de este régimen urbanitario y una deliberación del Consejo general en 1894 ha transformado la Santé en prisión celular.

Las tentativas de rebelión son casi desconocidas y siempre reprimidas prontamente; se producen de tarde en tarde por alcohólicos, á los cuales hay que poner alguna vez la camisa de fuerza.

Los alcohólicos son numerosos, como en todas las prisiones, especialmente entre la gente joven, que es la que produce más á menudo intentos de suicidio, sobre todo en los primeros días de su prisión.



Vista de un sector celular.

Los detenidos de la Santé están condenados á cumplir la pena variable entre cuatro meses y un año.

Hace cinco ó seis años el depósito de los presidiarios ha sido trasladado desde la Grande Roquette á la Santé.

A causa del régimen común de la Grande Roquette, la presencia de los presidiarios ha ocasionado tentativas de revolución. En la Santé, por el contrario, como ya hemos dicho más arriba, los detenidos están aislados individualmente en las celdas y no han ensayado nunca los medios de resistencia.

Los presidiarios de las regiones del Norte están reunidos en esta cárcel antes de su partida para los establecimientos penitenciarios y las colonias. Su número es muy variable y las partidas tienen lugar según las necesidades, sin fecha fija.

El personal de la prisión comprende actualmente un director, un encargado de registro, un «contable», un empleado de oficina, un instructor, un guarda llaves, tres primeros carceleros, dos *commis-greffiers* y treinta y tres carceleros. Un médico, un capellán católico, un ministro protestante y un rabino están agregados á la casa.

La Santé bajo la Commune.

Durante la Commune, la Santé dió asilo á numerosos detenidos. El general Chanzy fué llevado allí el 19 de marzo de 1871. El 2 de marzo se condujo otro prisionero, era M. Claude, jefe de Seguridad. Se le había detenido á las diez de la mañana en el momento que atravesaba el patio de Palacio. El general Duval habíale pedido que sirviera al nuevo gobierno. Al negarse á ello fué enviado á la Santé. M. Claude tenía entonces la edad de sesenta y ocho años.

El 23 de marzo fueron encarcelados tres comisarios de Policía y sus secretarios. El 7 de abril llegaron siete nuevos detenidos: el director y el ecónomo de San Sulpicio.

Cuarenta y siete gendarmes fueron llevados el 14 de mayo y otros siete el 15 del mismo mes. El 22 de mayo la agonía de la Commune comenzaba y el Comité central enviaba á la Santé tres coches cargados de toneles de pólvora con orden de alojar esas municiones en los sótanos. El director, llamado Caullet, rehusó recibir ese depósito. El mismo día recibía la orden de fusilar á los gendarmes, sargentos y agentes detenidos. Caullet no lo hizo y tuvo que pagar con su vida esta desobediencia á las órdenes del Comité central.

El 24 de mayo, la Santé estaba ocupada por las tropas de Versalles.

Varios escritores han hecho á menudo esta pregunta: ¿por qué se la llama á la prisión del cuartel Montparnasse, Santé, que significa salud?

Algunos creen que la casa lleva ese nombre á causa del excelente estado higiénico que disfruta esa región de París. Otros se han entregado á rebuscar y han consultado todas las enciclopedias del viejo París. El llamarla Santé viene sencillamente del terreno sobre que está construída esta prisión (los viejos solares de las carbonerías); eran antes habitados por robustos auverneses, que disfrutaban de excelente salud y eran la admiración de los parisienses por sus buenos colores y su robustez. Los terrenos de las carbonerías tomaron entonces el nombre de lugar de salud.

A veces se busca muy lejos el origen de una palabra.

El «Buen Juez»... de América

La escena se desarrolló hace algún tiempo ante el tribunal de Wilkesbarre (Pensilvania).

Dos mujeres, la una tendera de ultramarinos y la otra panadera, armaron una terrible querella.

Primero, las injurias llovieron de boca de una y otra; después, vinieron á las manos, y los moños de las dos adversarias quedaron estropeados.

La causa, naturalmente, fué llevada ante el tribunal; mas el día de la audiencia las dos litigantes, sin intimidarse por la solemnidad del lugar, empezaron á amenazarse con tal ardor, que le fué imposible al juez comprender cuál era la culpable. Y como los policías no podían restablecer el orden y todos los testigos de esta escena estaban completamente aturdidos, el magistrado tuvo una idea verdaderamente luminosa.

Hizo pasar á las litigantes á su despacho; allí las rogó cortésmente que se pelearan cuanto quisieran; después echó dos vueltas á la llave y volvió á continuar la audiencia.

Durante la primera hora, la determinación del juez parecía inútil: las dos alborotadoras se injuriaban á más y mejor. Se oían sus gritos desde el pretorio.

Durante la segunda hora el ruído parecía más débil; después no se oían más que vagos suspiros. Se entreabrió la puerta: las dos mujeres, rendidas de fatiga, desgreñadas, extenuadas, se miraban en silencio, inundadas en lágrimas y sollozando.

Media hora después se arrojaban en brazos una de la otra, cambiando el beso de paz y se juraron una amistad eterna.

Inútil añadir que el «buen juez» pronunció un veredicto de pago de costas á partes iguales, y las dos comadres, no contentas con hacer la paz, concertaron la boda de su hija é hijo, respectivamente.

MUSEO DE HORRORES

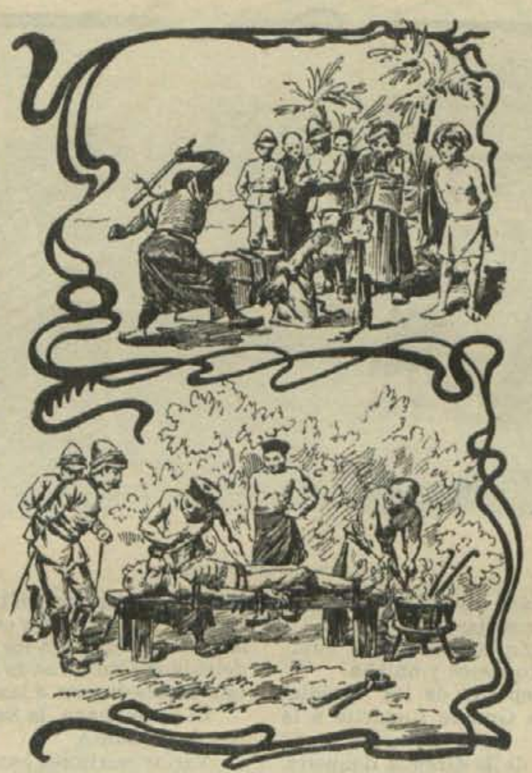
Los martirios del Tonkin

El importante periódico de París, *Le Journal*, refiere las monstruosidades cometidas por M. Liégeot, funcionario francés en la provincia de Quant-Tchéou-Wan.

Liégeot hace que comparezcan ante él prisioneros que ni siquiera saben de qué se les acusa. Llegados á los pies del gran inquisidor, los primeros tienen que dar detalles de cosas que ignoran y denunciar á cómplices imaginarios. Si no saben salir del paso, ó si obstínanse en callar ó en no denunciar á gentes fugitivas, Liégeot ordena que los sometan á la tortura de *la broche*, inventada por dicho torturador.

Atase el preso en tierra, de rodillas, á un picador, lo mismo que si fuese á ser decapitado. Las manos y los pies se amarran de modo que el preso esté en equilibrio inestable sobre las rodillas. En tal postura, fatigada la cabeza del paciente, cae ésta sobre el pecho y hacia el suelo. ¡Ay de la víctima si inclina demasiado la cabeza! Fija en tierra, á un bambú, una bayoneta de fusil francés le recuerda hiriéndole la garganta, el peligro que corre.

Empezado el interrogatorio, Liégeot tiene cerca al chino para poder darle, en caso necesario, un golpe en la cabeza. Si tarda en contestar, se le da prisa asestándole un golpecillo. El paciente no puede evitar el golpe con bajar la frente, sin riesgo de ensartarse en la punta de la bayoneta. A los golpes de roten siguen los puñetazos en la cabeza



La punta de la bayoneta entra algunos milímetros, haciendo saltar gotas de sangre. A cada pregunta nueva corresponde un nuevo golpe en la cabeza y una nueva penetración de la punta de la bayoneta. Excitados Liégeot y sus ayudantes, menudean los golpes, y la bayoneta continúa penetrando, primero, hasta el paladar; después, en la cabeza; hasta que, habiendo atravesado el cerebro, tropieza en el cráneo. Entonces se da el último golpe, el golpe de gracia á la cabeza, convulsa por la agonía, para que *la broche* perfore el cráneo. Liégeot llama á esta operación *mettre ses chinois à la broche*.

Otro esparcimiento del espíritu de Liégeot es el *repasado*. Puesto que los chinos—dice él—son planchadores de nacimiento y van hasta San Francisco á planchar, es necesario plancharles sus chalecos de piel. Hácese acostar al paciente y se le amarra á una tabla estrecha, mientras en un brasero cercano se enrojecen unos hierros de planchar. Entonces un ayudante, cogiendo de encima unos carbones ardiendo, los aplica á la carne. La carne chisporrotea, sangra, carbonízase, y Liégeot advierte que «ya huele á cerdo tostado». Luego se hacen combinaciones, dibujos caprichosos, y se levantan tiras de pellejo paseando el hierro. Y cuando la epidermis se encoge y encrespa en los bordes, Liégeot observa á los testigos presenciales que *eso son fruncidos*, como dicen las planchadoras.

Estudios sociológicos

Caracteres generales de los malhechores españoles.

V

El segundo de los procedimientos es el más complicado, y como consecuencia de esta misma complicación ofrece mayor seguridad si cabe, puesto que en casi todos los procedimientos ó usos criminales su complicación tiene por objeto principal aumentar las probabilidades de éxito y disminuir los riesgos, que, por desgracia, son en España bastante ilusorios. Convenidos en el *negocio* y en aquellas particularidades precisas para llevarlo á efecto, entran los malhechores, con excepción del figurado *camarero* y de un vigilante, en cualquiera *tasca* ó taberna que procuran elegir entre las de los barrios más lejanos de los que habitan y de los establecimientos que frecuentan, piden una ó dos *rondas de copas*, y á veces algo de comer, y una baraja ó dominó, para que el juego, que tanto daño produce, que tantos delitos engendra, y que tan indebida protección encuentra, con escarnio del Código que le castiga, decida quién ó quiénes han de pagar el gasto. Y como el juego sabe dónde y por cuánto empieza, mas no dónde acaba, y es de todos los vicios el que más aviva los instintos, excita las pasiones, acalora el ánimo, interesa el amor propio y hace perder la cabeza, sobre todo cuando las botellas y las copas están al lado de los jugadores, ó cuando éstos, aun cuando no la pierdan, tienen verdadero interés en figurarlo, tras de las copas piden cafés y algunos de los licores finos y costosos que no se expenden en las tabernas, solicitando del dueño de la en que están que vaya el dependiente á hacer el encargo al café más inmediato, á cuya petición muy rara vez deja de acceder gustoso el *tasquero*, que la encuentra natural, y además ve en perspectiva alguna copa que no deja de agradarle, pues á diferencia de otros industriales, la vista y el continuo trasiego de vinos y licores, lejos de producir empacho y repugnancia á estos enemigos de la salud pública, cual ha dicho un escritor célebre, les excita el apetito, y por eso entre los taberneros se cuentan numerosos alcoholistas.

Correspondiendo al aviso, no tarda en presentarse el camarero, el cual, después de colocar convenientemente el servicio y de llenar las copas, dejando algunas veces la botella, se retira, según acostumbran, para hacer otros recados y por indicación de los parroquianos, que le manifiestan querer terminar la partida. Aun cuando rara vez acontece, puede indicar el camarero que esperará viéndoles jugar, por no tener prisa. Esta indicación, si bien no les agrada, como es de suponer, no les pone en cuidado ni los asusta; prosiguen jugando alegres y tranquilos, fingen acalorarse buscando ocasión á propósito para ello, comienzan otra partida, piden nuevos licores, y

como los camareros no pue'en disponer de mucho tiempo, tiene que retirarse el que les sirve, sin abrigar la menor sospecha, ó desvanecida cualquiera que hubiese pasado por su imaginación, ante la tranquilidad de los jugadores y ante la confianza que le inspira el tabernero.

Poco después de retirarse el camarero fingen concluir la partida, pagan los que han perdido el gasto hecho en el establecimiento, y hacen la seña convenida para que sirva de aviso al *tomador* que, disfrazado de camarero, se presenta á recoger el servicio, cobra la cuenta, recibe la propina y se retira con el mismo aire y tranquilidad con que lo hiciera el camarero marchándose acto seguido los compinches, que, al desaparecer, dejan al cuidado del tabernero el satisfacer al dueño del café el valor de lo hurtado por ellos.

Mas para que se comprenda mejor la índole de este *hurto-timo*, y la *previsión y astucia* con que los malhechores procuran atar todos los cabos, hay que advertir que tan luego como el camarero de verdad sale de la taberna ó del establecimiento donde ha dejado el servicio, se sitúa un vigilante en el sitio que domine mejor las calles por donde pueda volver, para que si regresara antes de llenar su cometido el *camarero fingido*, dar la seña de alarma y volver al encuentro de aquél, para con cualquier pretexto detenerle, aun actuando como *justicia ful*.

Tal es en sus dos procedimientos el tan menospreciado *hurto y timo del camara*. Aun cuando en decadencia, bajo su primitiva forma, ofrece todavía bastante interés, sobre todo en estudios de la índole del nuestro, por ser una manifestación muy característica de la delincuencia *profesional*, delincuencia sobre la que legisladores, poderes públicos y criminalistas debieran fijar la atención por ser la más peligrosa aun cuando la menos salvaje, la que cuenta con mayor número de adictos, la que crece, se desarrolla y perfecciona cada día, la que encuentra su mayor ambiente en los llamados establecimientos correccionales y penitenciarios, y la que hasta cierto punto es favorecida por la sociedad con sus deficientes y equivocadas leyes, con sus ritualidades entorpecedoras y arcáicas, con su olvido de la verdadera educación popular, con su inconciliable descuido, tolerando el abandono de los niños en el arroyo, el merodeo constante del *golfo*, la extensión de la *hampa* y de la *truhanería*, hasta en los sitios más céntricos de las grandes ciudades, con la indiferencia con que mira á la vagancia que del vicio y por el vicio vive, con el sostenimiento de una Policía casi inútil, que ni inspira temor á los unos ni confianza á los otros, y con el apoyo que presta á institutos jurídicos caducos.

La delincuencia profesional, de algunos de cuyos caracteres nos hemos ocupado, es una verdadera y creciente plaga, la que realmente se puede combatir y atenuar con el acertado empleo de bien meditadas medidas preventivas que las escuelas jurídicas modernas comprenden entre las denominadas *sostitotivi penali*, y con medidas represivas no basadas en abstracciones, en concepciones metafísicas y apriorísticas, sino adaptadas al delincuente y al hecho. Criminales *profesionales* los ha habido en todos los tiempos y en todos los pueblos; pero mientras disminuyen en unas naciones, crecen y se multiplican en otras, como en la nuestra.

Sus caracteres continúan siendo los mismos, aunque sus manifestaciones hayan variado perfeccionándose. En el mundo del crimen es indudable que obra el ambiente social y que se realiza el progreso. Antes predominaban los delitos de sangre, los atentados contra las personas, los robos violentos, hoy predominan los delitos que tienen por base la agilidad, la astucia, el cálculo. Antes á cada momento ocurrían asesinatos por robo, asaltos de casas en las ciudades y de alquerías en los campos; el trabucaire, el salteador de caminos, el roder, el bandolero, pululaban donde quiera; hoy va haciéndose más raro: en su lugar se presentan el espadista, el topista, el tomador y el timador. La delincuencia de nuestros antepasados se caracterizaba por la violencia y la fuerza: la de nuestra época, por la habilidad, la agilidad y la astucia. El robo calificado, los homicidios y los asesinatos eran frecuentísimos, hoy son raros. Los delitos modernos son las falsificaciones, los hurtos, y sobre todo las estafas pequeñas llamadas *timos*, y las grandes estafas, casi siempre coronadas por el éxito, á las que un triste é inmoral convencionalismo bautiza con otros nombres. Refiriéndose á estas últimas, dice M. Gustavo Le Bon, en su reciente estudio psicológico del socialismo, lo siguiente: «¿Cómo calificar de otro modo tantas operaciones financieras, tales con o esos grandes empréstitos realizados por grandes casas de banca, enteradas del valor de los préstamos, perfectamente seguras de que sus demasiado suscriptores serán arruinados, pero no vacilando en arruinarlos para percibir las comisiones, que á veces se elevan, como el empréstito de Honduras, á más del 50 por 100 del total del empréstito? ¿El pobre diablo que, empujado por el hambre, se apodera de vuestro reloj, no es infinitamente menos probable que estos bribones de la *finance*? ¿Cómo calificar á esos sindicatos de gruesos capitalistas asociados para compartir del mundo entero todo cuanto se produce de una mercancía como cobre ó petróleo, por ejemplo, operación cuyo resultado de duplicar ó triplicar el precio de una substancia indispensable y lanzar á la huelga y sumir en la miseria á millares de obreros? ¿Qué clase de especuladores como ese joven millonario americano que, en el momento de la guerra entre los Estados Unidos y España, compró el trigo disponible en casi todos los mercados y no lo revendió sino cuando el comienzo de la escasez hizo subir considerablemente el precio?.»

De estos bribones, como M. Le Bon llama á los grandes especuladores sin sentido moral que, con el engaño, el fraude, el monopolio, etc., forman sus fortunas, no nos hemos ocupado; pero estudiándolo bien, se encontrarán en ellos los mismos caracteres que hemos asignado á los timadores. La cuantía y las formas con que se disfraze la estafa, no cambia su naturaleza. El estafador de levita y frac no difiere del *timador* de chaqueta, sino por el medio en que vive y obra, y por las apariencias. Tan *timador* es el uno como el otro, tan clasificable entre los malhechores de profesión. De lo que son éstos en nuestro país hemos procurado dar idea, estudiándolos en sí, en su vida, en sus usos y costumbres, en sus procedimientos y en sus hechos. De los *pasionales* y *ocasionales* tan sólo hemos tratado por incidencia, pues su criminalidad, aunque aumente y no poco, las cifras de la general, es más bien esporádica. Tal vez más adelante nos ocupemos exclusivamente de ellos y de los malhechores rurales. Aunque interesante su estudio, no lo es tanto como el de los de profesión.

Manuel Gil Maestre.

Diccionario del caló

Lenguaje de los criminales

(Continuación).

Caló.	Castellano.
Dinaste.. ...	Motivo.
Diñelar......	Ofrecer.
Dichabar.. ..	Ordenar.
Darañelar....	Pasmar.
Delal........	Presente.
Delalar......	Presentar.
Dutoy........	Resplandeciente.
Drabardar....	Rezar.
Dabastro.....	Rosario.
Dramía.......	Semana.
Dañí.........	Sierra.
Desquerò....	Su.

Caló.	Castellano.
Dubela	Taza.
Dajirar......	Temblar.
Dicharó . . .	Testigo.
Dupon	Tintero.
Dilillí	Tonta.
Dililó	Tonto.
Darañalí.....	Turbación.
Dracas......	Uvas.
Daraco......	Uso.
Dicobelar....	Ver.
Diqueletá....	Veleta.
Drao........	Veneno.
Drují........	Vereda.

Caló.	Castellano.
Discandí.....	Virta.
Dinasté... ..	Vidrio.
Deblá.......	Virgen.
Disolosó.....	Virtuoso.

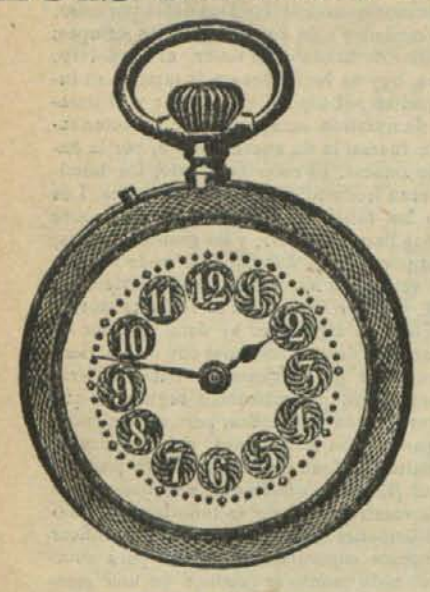
E

Caló.	Castellano.
Espandar . ..	Abrir.
Emblejar... .	Alumbrar.
Erulés.......	Arboles.
Erajardas	Breñas.
Eray.... ...	Caballero.
Estarivé	Cárcel.
Espivia......	Castaña.
Estardelao ...	Cautivo.
Esporboria...	Cebolla.
Espardella ...	Centella.
Eraypé.. ...	Clérigo.
Estongerar...	Conferir.
Estebellao....	Degollado.
Estebellar....	Degollar.
Eurén.......	Dentro.
Dé....	E.
Esden.......	Diez.
Ejersilen... .	Ejemplar.
Embullar....	Embuchar.

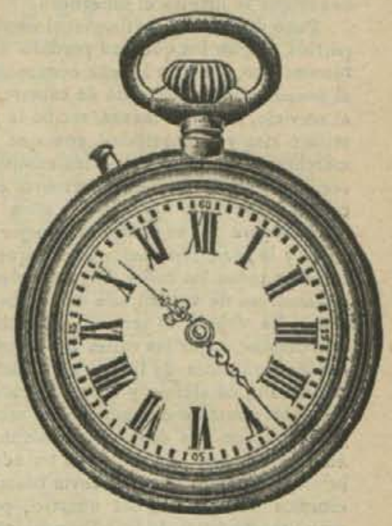
(Continuará.)

Relojería Parisiense.

LUIS THIERRY — **Fuencarral, 59.-Madrid.**







El Cronómetro.

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior............. **19,50 pesetas.**

Idem de acero................... **18,50** —

Idem de níquel puro........ **18.50** —

En 4 plazos mensuales.

¡Gran novedad!

Reloj de metal con fondo grabado relieve repujado, magnífica y rica decoración, metal imitación plata oxidada forma extraplana con máquina escape Roskopf montada sobre rubíes, 26 pesetas.

En 4 plazos

Nota: esta clase de reloj se hace con diferentes dibujos. Este reloj no es de dobles tapas y el grabado representa la parte del reverso.

Regulador Patent de los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

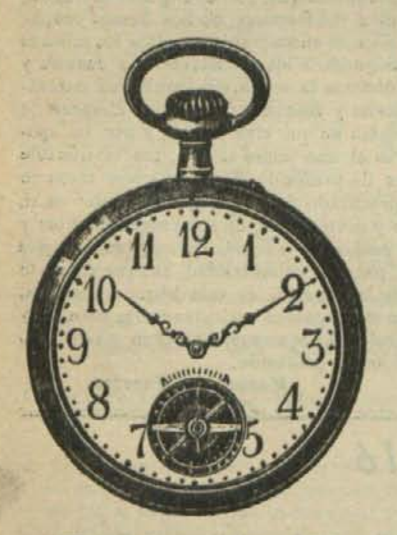
En acero azulado................ 28 ptas.

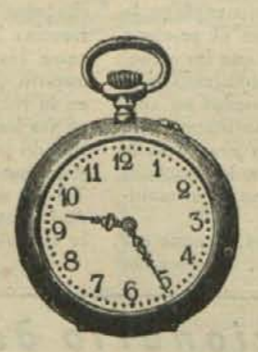
Idem en níquel puro (extraplano). 27 »

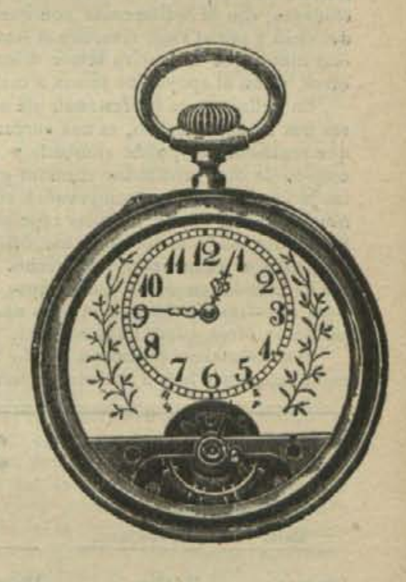
Idem grabado, no extraplano ... 25 »

Recomendamos especialmente esta clase de relojes.

En 4 plazos mensuales.







Elegancia ¡gran novedad!

Volante visible en la esfera, caja hermética muy aplastada (extraplano) áncora 15 rubíes (precisión.

En caja acero azulado......	35 pesetas.	
Idem en níquel puro...	34	»
En símil oro, imitación exacta al reloj de oro	36	»
En caja de plata, rica ornamentación grabada....................	45	»

En 4 y 5 plazos mensuales.

Magnífico reloj de señora.

Elegante, de muy buena máquina extra, de acero, azul extra.	20 ptas.	
Idem caja plata, rica ornamentación...	25	»
Idem extraplano, caja chapeada oro, imitación verdad del reloj de oro.....................	28	»

¡Novedad! Ocho días cuerda; de acero, forma elegante, extraplana, de áncora, 15 rubíes; precisión; volante visible, esfera gran lujo; el más bonito reloj conocido hasta hoy. **49 pesetas.**

De caja de puro níquel, el mismo precio.

En 5 plazos mensuales.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid.**

Madrid.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.